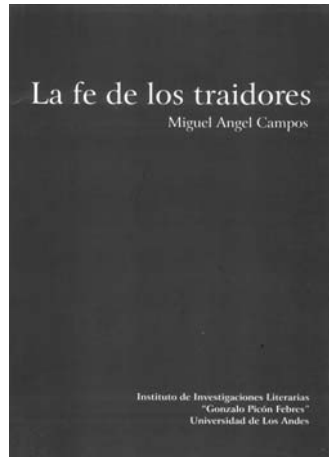

Campos, Miguel Ángel (2005).
La fe de los traidores. Instituto
 de Investigaciones literarias "Gonzalo
 Picon Febres", Universidad Católica
 Cecilio Acosta. Mérida, Venezuela
 106 pp.



En una secuencia de *Butch Cassidy and the Sundance Kid*, se observa a un risueño Paul Newman pedaleando una bicicleta. El *film* tal vez no se propuso otra cosa, sino recrear en el celuloide los avatares de dos famosos bandoleros. Logró algo más: el fresco de una sociedad que saltó del caballo, la *stage-coach*, el tren, la bicicleta para, finalmente, aterrizar en el banal vehículo de pasajeros. Apuntarlo es fácil pero, ese afán locomotor se armonizaba con una nación en construcción: instituciones, usos y costumbres, una *ética* del trabajo; en fin, una *cultura*.

¿Qué se puede esperar de una sociedad que rebotó de la nada, al remedo del esquema de civilidad encarnado en Occidente? A ese fin, creo, apuntan las interpelaciones de Miguel Ángel Campos. En el apretado lapso de seis décadas se producen las transformaciones preci-

sas de Venezuela. Más aún, se ha logrado un consenso tácito en los estudiosos del tópico, en términos de que no hay "continuidad" de un tal *proceso histórico*, sino vuelta de página a partir del momento en que Venezuela se convierte en enclave petrolero. Lo notable no es este evento, sino la certidumbre que nos distingue desde el inicio de nuestra vida republicana: la hegemonía del Estado en funciones de *organizador* de la sociedad. La creciente renta petrolera lo que hizo fue agilizar la intromisión oficial en asuntos que, mediadas otras circunstancias, no debieron escapar de los predios de la iniciativa privada. Esta singularidad nos distingue de otros procesos societarios y no en exclusiva de aquellos propios del capitalismo desarrollado. Miguel Ángel enuncia: "*Famélico u opulento, digno o indigno, dirigido por macheteros o doctores, sindicalistas o intelec-*

tuales, en trance de graves negociaciones o mostrándose “práctico” (“Que hagan ellos las leyes, que son los que saben de eso”, “En peleas de burros no se meten los pollinos”), o patético (“Los banqueros me engañaron”), el Estado parece ser la única constante en la estructuración de la nación. Aplastada por las permanentes urgencias de aquél, la cultura social deviene en masa inmóvil, todo lo que evolucione fuera del escenario de los intereses estatales se obliga a hacerse su propia biografía, a marcar huella en un desierto barrido por el viento.” (p. 8).

Esta distancia respecto de los cimientos de la modernidad, sólo podía fraguar un manojito de leyendas y un determinado ser colectivo: asiento donde discurre la vida nacional. Así, el país del *igualitarismo* y el *no racismo*, reproduce abismos de desigualdad y de viciosa discriminación; el empeño manirroto del Estado por revertirlos se pierde y, lo peor, se trueca

En oportunidad de negocios para los mas prevenidos. La invariabilidad de esta *cultura* que se solaza en quimeras, que busca inquebrantable la luz al final del túnel, se expresa en tanto vigilia permanente

de nuevos oficantes y caza de la cuota-parte de renta que, ‘legalmente’, le corresponde.

Por tanto, si en algo coincide lo mejor del pensamiento ilustrado venezolano, es cuando destaca la inmutable debilidad institucional del país. Cualquier momento *crítico* en el discurrir nacional, pone en evidencia la entelequia de los discursos oficiales y, por supuesto, los no menos insustanciales de quienes pretenden colocarse en la acera de enfrente. La nación fundada desde arriba, sin contraparte de procesos vitales, orgánicos, que hubieren permitido la fragua de una genuina *sociedad civil*, no puede permitirse muchas cosas, salvo la capacidad de mantener a raya agudos factores disruptivos.

El principal dictamen de los alzados del 4 de Febrero provino –años después– de uno de sus notorios: “*El peor enemigo de un venezolano es otro venezolano.*” Precisamente, el énfasis de Miguel Ángel en la ausencia de ‘*lazos orgánicos de convivencia*’; es constatación que no permite apelación alguna, aparte de la propuesta de reorientar nuestro tejido societario, que rebasa el pesado fardo del *igualitarismo*, la omnipresencia del Estado, y sus merecidas patologías.

José Alberto Montilla

Universidad del Zulia
Venezuela.